

Los nuevos leviatanes
Reflexiones tras el liberalismo

JOHN GRAY

TRADUCCIÓN DE ALBINO SANTOS MOSQUERA



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
The New Leviathans

Copyright © JOHN GRAY, 2023

Primera edición: 2024

Traducción

© ALBINO SANTOS MOSQUERA

Diseño de portada de MARTA GARCÍA usando imágenes de
© SHUTTERSTOCK

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2024

América, 109

Colonia Parque San Andrés, Coyoacán

04040, Ciudad de México, México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

Calle Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España

www.sextopiso.com

Formación

GRAFIME

Impresión

COFÁS

ISBN: 978-84-10249-15-8

Depósito legal: M-13353-2024

Impreso en España

Nos referimos al privilegio del absurdo, al cual ninguna criatura viva está sujeta, salvo el hombre. Y entre los hombres, más sujetos están a ella los que profesan la filosofía.

THOMAS HOBBS, *Leviatán*¹

ÍNDICE

1. EL RETORNO DEL LEVIATÁN	11
Un epitafio para el liberalismo – Un pobre gusano – Siete tipos de absurdidad – La dirección en que sopla el viento – El leviatán ortodoxo de Rusia – El panóptico chino – La defunción del Antropoceno	
2. ESTADOS DE NATURALEZA ARTIFICIALES	69
Retrato de un antiliberal – Cae el telón – Palabras y demonios – Distrofia y pan negro como el carbón – Un cazamariposas letal – Casi nada – Zapatos de plata y un abrigo con un orificio de bala – La primera distopía – La confesión de Bujarin y el miedo a la oscuridad	
3. DIOSES MORTALES	127
La religión <i>woke</i> y la élite excedentaria – Liberales constructores de Dios – Derechos en guerra – El feudalismo y el fentanilo – Los mitos de Cthulhu – La destrucción como origen del devenir – Teología negativa, antropología negativa – Un viejo casino	
AGRADECIMIENTOS	179
NOTAS	181

1. EL RETORNO DEL LEVIATÁN

Durante el tiempo en que los hombres viven sin un poder común que los atemorice a todos, se hallan en la condición o estado que se denomina guerra; una guerra tal que es la de todos contra todos. [...] En una situación semejante, no existe oportunidad para la industria, ya que su fruto es incierto; por consiguiente, no hay cultivo de la tierra, ni navegación, ni uso de los artículos que pueden ser importados por mar, ni construcciones confortables, ni instrumentos para mover y remover las cosas que requieren mucha fuerza, ni conocimiento de la faz de la tierra, ni cómputo del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad; y lo que es peor de todo, existe continuo temor y peligro de muerte violenta; y la vida del hombre es solitaria, pobre, tosca, embrutecida y breve.

Leviatán, capítulo 13

Los Estados del siglo XXI se están convirtiendo en leviatanes, en la prole del bíblico monstruo marino al que se alude en el Libro de Job y que el filósofo inglés del siglo XVII Thomas Hobbes usó para representar el poder soberano, único capaz de traer paz a la humanidad, ingobernable de cualquier otro modo. Solo sometién dose a un gobierno ilimitado podrían los hombres escapar del estado de naturaleza, una guerra de todos contra todos en la que nadie está a salvo de sus congéneres. Ahora bien, tal como lo describió en su obra maestra, *Leviatán*, el estado de naturaleza no es algo que haya quedado

relegado a nuestro pasado más remoto, previo al surgimiento de la sociedad, sino que nos acecha constantemente bajo la amenaza de la anarquía social, una situación en la que podemos caer en cualquier época y momento. Para Hobbes, daba igual que el soberano fuera un rey, un presidente, un Parlamento o un tirano. Solo un Estado cuyo poder no estuviera sometido a restricción alguna podía garantizar una situación de «vida confortable» en la que la industria, la ciencia y las artes florecieran en paz.

La evolución histórica en los siglos siguientes pareció desmentir a Hobbes. Surgieron Estados en los que el poder estaba limitado por ley. Se desarrollaron democracias en las que se podía pedir responsabilidades a los Gobiernos. En el siglo xx la derrota del nazismo y del comunismo invitó a pensar que el sistema de gobierno liberal era intrínsecamente más eficaz que la dictadura. De hecho, tras el fin de la Guerra Fría, muchos creyeron que la democracia liberal se estaba convirtiendo en el sistema universal por antonomasia.

En la actualidad, sin embargo, vemos cada vez más Estados que se han despojado ya de muchas de las cortapisas de la era liberal. De ser una institución que se decía extensora y garante de las libertades, el Estado está pasando a justificarse a sí mismo como simple protector de los seres humanos frente al peligro. Ahora, en vez de salvaguardia contra la tiranía, ofrece protección contra el caos.

En Rusia y en China han surgido nuevas dictaduras y se ha rechazado tanto el comunismo como el libre mercado. Y allí donde la democracia continúa en funcionamiento, el Estado interviene en la sociedad en una medida desconocida desde la Segunda Guerra Mundial.

Hobbes seguramente no reconocería estos leviatanes como tales. Los objetivos del Leviatán hobbesiano estaban estrictamente limitados. No tenía más cometido que proteger la seguridad de sus súbditos frente a sus conciudadanos y frente a enemigos exteriores. Los objetivos de los nuevos leviatanes son más ambiciosos. En una época en que el futuro se antoja

profundamente incierto, lo que persiguen más bien es procurar un sentido a la vida de sus súbditos. Como los regímenes totalitarios del siglo xx, los nuevos leviatanes son ingenieros de almas.

El resultado de este proceso ha sido el retorno del estado de naturaleza bajo formas artificiales. Al tiempo que prometen seguridad, los nuevos leviatanes fomentan la inseguridad. Utilizando los suministros de alimentos y energía como armas de guerra, Rusia ha proyectado hambrunas y pobreza en todo el globo. China ha instaurado un régimen de vigilancia que, a través de sus exportaciones de tecnología, amenaza la libertad también en Occidente. Dentro de las sociedades occidentales, grupos rivales aspiran a capturar el poder del Estado en una nueva guerra de todos contra todos entre identidades colectivas autodefinidas, en una lucha implacable por el control del pensamiento y del lenguaje. Todavía sobreviven algunos enclaves de libertad, pero la civilización liberal basada en la práctica de la tolerancia ha pasado a la historia.

En escuelas y universidades, la educación inculca conformidad con la ideología progresista dominante. El arte se juzga en función del servicio que presta a los objetivos políticos aceptados. Quienes discrepan con las ortodoxias en materia de raza, género o imperialismo ven sus carreras truncadas y quedan borrados de la vida pública. Esta represión no es obra de los Gobiernos. Es la sociedad civil la que formula y hace cumplir los catecismos dominantes. Bibliotecas, galerías y museos excluyen los puntos de vista condenados por reaccionarios. Las grandes corporaciones tecnológicas ejercen potestades censoras. Hoy en día, son instituciones liberales como estas las que están ejerciendo una vigilancia policial sobre la sociedad y sobre sí mismas.

Una pandemia mundial, un cambio climático acelerado y una guerra en Europa han incrementado el ritmo de estas transformaciones. Pero en realidad se iniciaron —como muchas otras inversiones de tendencia histórica— con el triunfo aparente de una tendencia contraria. Recibido en Occidente

como un presagio de que los valores liberales se estaban extendiendo por todo el mundo, el derrumbe soviético fue el principio del fin para el liberalismo tal como se había concebido hasta entonces.

UN EPITAFIO PARA EL LIBERALISMO

Bueno y malo son nombres que significan nuestros apetitos y aversiones, que son diferentes según los distintos temperamentos, usos y doctrinas de los hombres. Diversos hombres difieren no solamente en su juicio respecto a la sensación de lo que es agradable y desagradable al gusto, al olfato, al oído, al tacto y a la vista, sino también respecto a lo que, en las acciones de la vida corriente, está de acuerdo o en desacuerdo con la razón. Incluso el mismo hombre, en tiempos diversos, difiere de sí mismo, y una vez ensalza, es decir, llama bueno a lo que otra vez desprecia y llama malo; de donde surgen disputas, controversias y, en último término, guerras.

Leviatán, capítulo 15

Hobbes era un liberal, tal vez el único al que todavía valga la pena leer. Sus mejores exégetas —el conservador Michael Oakeshott, el marxista C. B. Macpherson y el experto en pensamiento político clásico Leo Strauss—¹ lo reconocieron como un pensador liberal, el único que podía explicar por qué el experimento liberal había llegado a su fin.

En 1986 el liberalismo podía definirse con arreglo a cuatro ideas:

Existe una concepción definida del hombre y la sociedad, moderna en su carácter, que es común a todas las variantes de la tradición liberal. [...] Es *individualista* en cuanto que afirma la primacía moral de la persona frente a exigencias de cualquier colectividad social; es *igualitaria* porque confiere a todos los hombres el mismo estatus moral y niega la aplicabilidad,

dentro de un orden político o legal, de diferencias en el valor moral entre los seres humanos; es *universalista*, ya que afirma la unidad moral de la especie humana y concede una importancia secundaria a las asociaciones históricas específicas y a las formas culturales, y es *meliorista*, por su creencia en la corregibilidad y las posibilidades de mejoramiento de cualquier institución social y acuerdo político. Es esta concepción del hombre y de la sociedad la que da al liberalismo una identidad definida que trasciende su vasta variedad interna y su complejidad.²

Todas estas ideas figuran en la teoría política de Hobbes que expuso en *Leviatán* (1651) y en otras obras, como *De Cive* (1642) y *Behemoth* (1681). La sociedad está formada por individuos que pueden reclamar su derecho a la autopreservación frente a cualquier demanda del Estado; si un gobernante no los protege, pueden desobedecerlo o derrocarlo. Asimismo, los seres humanos están todos expuestos por igual a morir unos a manos de otros; también los débiles pueden matar a los fuertes, y ninguno tiene un derecho divino a mandar. La naturaleza humana es universal en cuanto a sus necesidades; las identidades culturales diversas son superficiales e insignificantes. Y si se aplica la razón, el gobierno es mejorable: los seres humanos pueden superar sus conflictos y aprender a convivir en paz.

Cada una de estas ideas es una verdad a medias. Puede que los individuos sean la base de la sociedad, pero la autopreservación solo es una más de sus necesidades: vivir a duras penas no basta. Puede que los seres humanos necesiten por igual protegerse unos de otros, pero no es infrecuente que renuncien a la paz y a la seguridad por defender un modo de vida que consideren superior. Puede que los bienes humanos más básicos sean universales, pero se sacrifican a menudo para luchar por unos valores específicos de unos modos de vida particulares. Y la sociedad y el gobierno pueden mejorarse, pero siempre se corre el riesgo de perder los avances ya logrados.

La teoría política de Hobbes denota la fe en la razón típica de la época de la Ilustración temprana en que se formuló. Pero en los escritos hobbesianos se aprecia otra veta intelectual en la que él no actúa ya como un filósofo racionalista, sino como un teórico de la absurdidad. Me refiero a su teoría del lenguaje, con la que nos enseña que los seres humanos se dejan poseer por las palabras. Este otro Hobbes puede ayudarnos a comprender por qué la civilización liberal ha pasado a mejor vida.

UN POBRE GUSANO

Quien ha de gobernar una nación entera debe leer, en sí mismo, no a este o aquel hombre, sino a la humanidad.

Leviatán, Introducción

Hobbes ha sido condenado y execrado por su inclemente concepción de los seres humanos. *Leviatán* fue atacado porque para algunos suponía una defensa del ateísmo y del egoísmo; antes del final del siglo, ya se habían publicado en Inglaterra más de un centenar de libros en su contra. La Universidad de Oxford quemó públicamente ejemplares de la obra y el propio Hobbes destruyó sus papeles para protegerse de las acusaciones de herejía. Muchos de esos ataques provenían de eclesiásticos, para quienes el filósofo se convirtió (por emplear las palabras del propio Hobbes) en «perpetuo objeto de odio».

Sus colegas en el ámbito de las letras lo evitaron a partir de entonces, y algunos hasta lo traicionaron. El director de la Biblioteca Bodleiana de Oxford, que le había escrito una carta de agradecimiento por la donación de un libro, pergeñó un artículo donde argumentó que a Hobbes se le podría ejecutar legalmente por blasfemo. Un traductor que había trabajado en una versión en latín de *Leviatán* negó haber leído nunca ninguna obra de Hobbes y las retiró todas de sus estanterías.

Según su amigo John Aubrey,

tenía muy pocos libros. Nunca le vi con más de media docena en su despacho. [...] Leyó mucho porque vivió mucho, pero era ciertamente más contemplativo que lector. Le gustaba decir que, si hubiera leído tanto como otros hombres, no sabría más que ellos.³

Aunque intrépido en su pensamiento, Hobbes era muy comedido en su vida cotidiana. Aubrey describió así sus hábitos diarios:

Se levantaba hacia las siete, desayunaba pan con mantequilla y daba su paseo de todos los días, en el que meditaba hasta las diez. Luego tomaba notas de sus reflexiones previas. Nunca estaba ocioso; su mente estaba en continuo funcionamiento. [...] Siempre le servían el almuerzo a las once exactas. [...] Tras almorzar, se fumaba una pipa de tabaco y, acto seguido, se tumbaba en la cama [...] y dormía una siesta de, más o menos, media hora. Por la tarde ponía por escrito sus pensamientos de la mañana.⁴

Y también comentó:

Es prodigioso que ni su naturaleza retraída ya desde la infancia, ni el decaimiento de su energía vital en el extremo de la vejez, acompañado de una violenta parálisis agitante, frenaran el vigoroso dinamismo de su mente, que conservó admirablemente hasta su último aliento.⁵

Hobbes nació en Westport, cerca de Malmesbury, en el condado inglés de Wiltshire, el 5 de abril de 1588, cuando el pánico cundía en el país ante las noticias de la inminente arribada a costas británicas de la Armada Invencible española. En un poema autobiográfico, se describió a sí mismo como un «pobre gusano», y también escribió: «Mi querida madre dio a

luz gemelos: yo mismo y el miedo». El padre de Hobbes era un vicario alcohólico y paupérrimo que abandonó a su familia cuando él tenía dieciséis años y que murió (según escribió Aubrey) «fuera de Londres».

Hobbes se cuidó mucho de caer en la pobreza, pero anduvo mal de dinero en varios momentos de su vida. Él mismo eligió no ejercer un oficio o profesión. La idea de servir a la Iglesia o a cualquier institución que reclamara algún tipo de autoridad sobre su pensamiento le resultaba intolerable.

Tras estudiar en el Magdalen Hall de Oxford, donde, «aunque no le interesaba demasiado, aprendió Lógica y demostró ser un buen dialéctico», comenzó a trabajar al servicio de William Cavendish, conde de Devonshire. Durante gran parte de su vida dependió del mecenazgo de la familia Cavendish y de otras casas aristocráticas en las que vivió y trabajó. Entre sus labores se incluían las de tutor privado, escritor de cartas, acompañante en cacerías, comprador de caballos, animador de veladas y encuentros con invitados, o simple acompañante de los señores de la casa. Era, en la práctica, un sirviente, pero su posición le dejaba mucha libertad para hacer otras cosas. Por ejemplo, le permitió explorar Europa como tutor que acompañaba a los hijos de sus patrones. En sus viajes conoció al astrónomo Galileo y a otras muchas figuras destacadas de la ciencia, la literatura y la política.

La excepcional longevidad de Hobbes tal vez se explique por la reiterada protección que le dispensó su timorato «hermano gemelo». Alarmado ante el peligro para su vida que percibía en la turbulenta política inglesa de la época, decidió partir hacia París en 1640 —fue «el primero de todos los que huyeron», escribió con cierto orgullo— y vivió en el exilio hasta 1652, un año después de la publicación en Londres de su más famoso (y polémico) libro, *Leviatán*. Entre 1646 y 1648, fue el tutor de matemáticas de Carlos, príncipe de Gales (luego Carlos II de Inglaterra), mientras ambos estaban exiliados. Tras la restauración de la monarquía en 1660, se le concedió una pensión real (que el rey a veces olvidaba abonar) y «libre

acceso a su majestad, al que siempre deleitaban su ingenio y sus agudas réplicas».

Hobbes abandonó Londres en 1675 y vivió ya siempre con los Cavendish en las haciendas de la familia. Cuando en octubre de 1679 se le diagnosticó la enfermedad que lo llevaría a la muerte, comentó: «Me alegraré entonces de encontrar un hueco por donde escabullirme de este mundo». Sus últimas palabras fueron: «Ahora estoy a punto de emprender mi viaje final; un gran salto hacia la oscuridad». Falleció el 4 de diciembre de 1679, a los noventa y un años.

Hobbes corrió peligro durante gran parte de su vida. Su vulnerabilidad se debió, en parte, a su confianza suprema en sus capacidades mentales. La prosa de Hobbes se caracteriza por una rotundidad lapidaria que refleja su temperamento decidido. Lingüista consumado, dominaba el latín, el griego, el francés y el italiano, y fue el primero en escribir un gran libro de filosofía en inglés. Su publicación más temprana fue una traducción inglesa de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídides. En sus últimos años publicó una traducción inglesa en verso de la *Odisea* de Homero.

Aunque estaba completamente embebido en los clásicos, Hobbes no sentía apenas respeto por la filosofía clásica. Se burló de Platón, de Aristóteles y de sus discípulos medievales. Todos ellos, pensaba, trataban las palabras como si fueran cosas: con su empeño en imaginarse que las abstracciones evocadas por el lenguaje eran realidades dotadas de existencia independiente, condenaron al pensamiento humano a milenios de inútil autoengaño.

En la filosofía clásica se daba por sentado que existía un bien supremo y que el propósito de la vida humana era alcanzarlo. Hobbes desestimó semejante idea. Según escribió en el capítulo 11 de su *Leviatán*,

la felicidad de esta vida no consiste en la serenidad de una mente satisfecha; porque no existe el *finis ultimus* (los propósitos finales) ni el *summum bonum* (el bien supremo) de que

hablan los libros de los viejos filósofos moralistas. Para un hombre, cuando su deseo ha alcanzado el fin, la vida resulta tan imposible como para otro cuyas sensaciones y fantasías estén paralizadas. La felicidad es un continuo progreso de los deseos, de un objeto a otro, ya que la consecución del primero no es otra cosa sino un camino para realizar otro ulterior. La causa de ello es que el objeto de los deseos humanos no es gozar una vez solamente, y por un instante, sino asegurar para siempre la vía del deseo futuro. [...]

De este modo señaló, en primer lugar, como inclinación general de la humanidad entera, un perpetuo e incesante afán de poder, que cesa solamente con la muerte. Y la causa de esto no siempre es que un hombre espere un placer más intenso del que ha alcanzado, o que no llegue a satisfacerse con un moderado poder, sino que no pueda asegurar su poderío y los fundamentos de su bienestar actual sino adquiriendo otros nuevos.

La pasión humana primordial no era el ansia de poder, sino el miedo. Los valores no tenían su origen en Dios ni en ningún ámbito espiritual, sino en el animal humano. El materialismo de Hobbes es uno de los motivos por los que se le tachó de ateo. También Dios era material, respondió Hobbes a esas críticas: una especie de materia eterna. Pero, de ser así, el creador del mundo del que habla la Biblia no podría ser más que una leyenda (aunque esto es algo que Hobbes jamás llegó a admitir de forma expresa).

Si Hobbes era ateo, su ateísmo tenía muy poco en común con otras variantes surgidas posteriormente. Los ateos modernos creen que Dios no existe y, con ello, atribuyen a los humanos ese poder de hacer el mundo a su propia voluntad que antaño se suponía reservado a la divinidad. Hobbes, sin embargo, afirmó que las personas no poseen más libre albedrío que cualquier otro animal:

En la *deliberación*, el último apetito o aversión inmediatamente próximo a la acción o a la omisión correspondiente es lo que

llamamos *voluntad*: el acto (que no facultad) de *querer*. [...] *Voluntad*, por consiguiente, es el último apetito en la deliberación. (*Leviatán*, capítulo 6).

Para Hobbes, los humanos son como máquinas, pues su comportamiento está regido por las leyes de la materia. Pero son máquinas soñadoras, pues crean mundos imaginarios en sus mentes. En sus *Elementos de filosofía*, se imaginó

la aniquilación del mundo, salvo por un único hombre vivo a quien le quedarían ideas e imágenes de las cosas que había visto o percibido a través de sus otros sentidos. [...] Aun cuando, en verdad, serían solo ideas y fantasmas que estarían ocurriendo en el interior del individuo que imagina y repercutiendo únicamente en él, parecerían como si fueran externos a él e independientes del poder o la virtud de su mente.⁶

En un sentido muy parecido se expresó en el capítulo 2 del *Leviatán*:

Y aun suele ocurrir que resulte difícil, y en ciertos casos imposible, distinguir exactamente entre sensación y ensueño. Por mi parte, cuando considero que en los sueños no pienso con frecuencia ni constantemente en las mismas personas, lugares, objetos y acciones que cuando estoy despierto, ni recuerdo durante largo rato una serie de pensamientos coherentes con los ensueños de otros tiempos, y como, además, cuando estoy despierto, observo frecuentemente lo absurdo de los sueños, pero nunca sueño con lo absurdo de mis pensamientos en estado de vigilia, me satisface advertir que, estando despierto, yo sé que no sueño, mientras que cuando duermo me pienso estar despierto.

Las dudas escépticas de Hobbes eran compartidas por su contemporáneo René Descartes (1596-1650), que también admitía que podía resultar difícil distinguir la vida despierta de la de

los sueños. Se cuenta que ambos se conocieron en 1648 y que, al parecer, no tuvieron una particular sintonía. A diferencia de Descartes, que suponía que la mente estaba compuesta de una sustancia separada del mundo material, Hobbes afirmaba que formaba parte del cuerpo físico igual que el resto.

Había también otra diferencia importante entre ambos. La duda de Descartes no iba más allá del yo. Según su propio planteamiento, *cogito ergo sum*: «*Pienso, luego soy*». Para Hobbes, sin embargo, el yo era un mero torrente de pensamientos y deseos. Él, a quien tanto denostaron por ser un presunto apologista del egoísmo, nunca creyó que existiera un «ego», un yo. Los seres humanos eran como todo lo demás: materia en movimiento. Pero, al mismo tiempo y de manera no demasiado coherente, creía que podrían vivir racionalmente si aplicaban la filosofía que él propugnaba.

La fe de Hobbes en la razón provenía en parte de su admiración por una antigua ciencia. Aubrey escribió al respecto:

Tenía cuarenta años cuando comenzó a fijarse en la geometría. Estaba en la biblioteca de un noble y vio un volumen de los *Elementos* de Euclides abierto por la mitad. [...] Leyó entonces una Proposición y exclamó: «¡Oh, por D...! (pues, de vez en cuando, pronunciaba el nombre de Dios en vano para enfatizar una idea o un sentimiento), pero si esto es imposible!». Así que a continuación leyó la Demostración, que lo refería de vuelta a aquella Proposición; y la volvió a leer. Y eso lo refirió a su vez a otra, que también leyó [...] y, por fin, se quedó demostradamente convencido de aquella verdad. Aquello hizo que se enamorara de la geometría.⁷

En 1655 Hobbes aseguró que había resuelto el eterno problema de la cuadratura del círculo (la construcción de un cuadrado de área igual a la de un círculo dado). En ciertos aspectos, su teoría política era también un intento de cuadrar el círculo. Si el «estado de naturaleza» rebosa desconfianza, ¿por qué iba nadie a arriesgarse a cerrar un acuerdo para asentar a un

soberano todopoderoso? Jamás ofreció una solución al problema de ese primer actuante, aquel que se ofrece a honrar una promesa aunque no tiene razón alguna para esperar que otros la respeten. El contrato social concebido por Hobbes es un mito racionalista.

En el capítulo 13 del *Leviatán* escribió:

Hallamos en la naturaleza del hombre tres causas principales de discordia. Primera, la competencia; segunda, la desconfianza; tercera, la gloria.

La primera causa impulsa a los hombres a atacarse para lograr un beneficio; la segunda, para lograr seguridad; la tercera, para ganar reputación. La primera hace uso de la violencia para convertirse en dueña de las personas, mujeres, niños y ganados de otros hombres; la segunda, para defenderlos; la tercera recurre a la fuerza por motivos insignificantes, como una palabra, una sonrisa, una opinión distinta, o como cualquier otro signo de subestimación, ya sea directamente en sus personas o de modo indirecto en su descendencia, en sus amigos, en su nación, en su profesión o en su apellido.

Hobbes sabía que las causas del conflicto humano tienden a entremezclarse y que, en ocasiones, son triviales. En gran parte de su obra, sin embargo, rehúye tratar las que son más específicamente humanas. Después de todo, los otros animales también se arriesgan a morir por comida, por aparearse o por territorio, o para proteger a su descendencia, y hasta hay algunos que también lo hacen para asegurarse una posición dominante dentro de un grupo. Solo los humanos buscan la muerte para sí mismos —y se la causan a otros— con el fin de procurar sentido a sus vidas o de descargar su ira por no encontrárselo; o para hacer realidad una idea que les exima espuramente de la mortalidad, o incluso por pura pasión por la destrucción. El pesimismo de Hobbes es solo aparente. El Hobbes que asegura que la autopreservación es el camino a la paz no es un realista, sino un visionario utópico.